

EN EL 50 ANIVERSARIO DE LA RIADA DEL TURIA

Por Martín L. Quirós Palau

Las riadas del Turia no son una situación nueva, excepcional o irrepitable. Es la amenaza cíclica que pagamos como tributo a la proximidad a nuestro río

Desde el año 1.321, fecha en que se inicia la estadística de las riadas del Turia, se pueden identificar hasta 48 avenidas. Pero hay algunas cuya importancia se destaca sobre las demás como la del año 1,517 que fue de tal gravedad que los gobernantes de Valencia en carta dirigida al Emperador Carlos V explicaban haberla dejado sin puentes y totalmente inundada, tanto por las aguas del río como de las acequias que la surcaban. Como respuesta se creó la Junta de Murs y Valls para vigilar la conservación de las puertas, fosos y murallas que protegían a Valencia.

En 1,589 la tragedia se repitió, obligando a crear la llamada “Fábrica Nova del Ríu” que por casi doscientos años fue construyendo los actuales pretilos del viejo cauce, para defendernos de futuras crecidas. A pesar de éstas medidas, en 1.897 se produjo otra gran inundación que destruyó puentes, casas, industrias y caminos con gran pérdida de vidas humanas, de la que costó muchos años poder recuperar la normalidad.

Ya en época cercana, el 29 de Septiembre de 1.949 sufrimos una avenida catastrófica, que arrastró a tres puentes y a las chabolas y propiedades de los inmigrantes que vivían en el cauce causando 41 muertos, aunque realmente pasó casi desapercibida para el resto de España.

En 1.957 llegó la que comentamos en éste artículo. En realidad fueron dos riadas consecutivas producidas los días 13 y 14 de Octubre. La cantidad de agua caída, especialmente en la comarca de los Serranos alcanzó -según los meteorólogos Victor García Miralles y Antonio Carrasco André- la cifra de 826 millones de metros cúbicos, la cuarta parte de la capacidad de todos los embalses valencianos a plena carga. De ésta lluvia, el 25% fue directamente al mar por barrancos, otro 25% se retuvo en los campos o los pantanos y el resto que eran 413 millones de metros cúbicos se dirigió hacia Valencia por el Turia a un ritmo medio de 4.780 metros cúbicos por segundo.

Pero a las nubes no se les puede graduar la lluvia con un grifo. En estas circunstancias de “gota fría” el flujo de lluvia oscila, provocando lo que los técnicos llaman “palos de agua”, en los que se superan todas las previsiones posibles, llegando a caudales de hasta 10.000 metros cúbicos por segundo, que es lo que ocurrió en ésta ocasión ya que las aguas cubrieron una franja urbana entre las calles de Almirante Cadarso y Blasco Ibáñez. Eran las aguas caídas en Domeño (300 litros metro cuadrado), Villar del Arzobispo (235), Casinos (200), Tuejar (175), Bugarra (165), Manises (151) etc. Las cifras escalofrían, pero no deben de extrañarnos. Las riadas del Turia, según los servicios meteorológicos internacionales, ocupan el tercer lugar en cuanto a episodios de lluvias intensas, solo superadas por dos regiones, sitas en zonas tropicales, En ésta ocasión las aguas alcanzaron los 2,25 metros en la calle Baja, los 2,70 en el Parterre y Na Jordana y los casi tres metros en la calle de la Paz.

El día catorce se reprodujo la situación, ésta vez en la costa, con una tremenda borrasca entre Vinaroz y Cullera, que provocó una segunda riada mas grave que la anterior,

llegando a los cinco metros en la calle del Dr Olóriz, 3,50 en Na Jordana y adyacentes, tres en Paz dos en la Plaza del Ayuntamiento, Barcas etc.

Las consecuencias; 81 fallecidos según datos oficiales. Aunque lo más posible es que se superaran los trescientos, unas 4.000 familias perdieron su vivienda y sobre 13.000 familias todos sus enseres. Otras 50.000 necesitaron de asistencia continuada y los daños globales se calcularon en 16.000 millones de pesetas, una cifra inmensa comparada con el presupuesto general del Estado para ese ejercicio que era de 43.000 millones de pesetas. El Ayuntamiento de Valencia que tenía un presupuesto anual de 200 millones de pesetas se vio desbordado para las tareas de limpieza y recuperación de la normalidad ciudadana, que logró gracias al ejército y a la maquinaria que nos prestaron los Estados Unidos.

El Gobierno envió una primera ayuda de 300 millones de pesetas –que se cerró como definitiva con otros cien millones- y estudió la realización del Plan Sur valorado en 6.067 millones de pesetas, que procuró trasladar, en forma de impuestos municipales y sobre nuestras comunicaciones, a los bolsillos de los valencianos.

La “Solución Sur” además de un cauce nuevo con sus puentes y carreteras laterales, contemplaba un plan de nuevos accesos y canalizaciones de colectores para toda la ciudad. También estaba prevista la construcción de la Presa de Villamarchante -una presa de laminación- para frenar los temibles “palos de agua” y poner como un grifo a la lluvia, para que nunca se superase la capacidad del nuevo cauce. Pero el pantano sigue sin construirse. Y el peligro de que se repita una nueva riada es tan evidente como lo demuestra la reiteración de su históricas repeticiones.

Por ello actualmente el problema es conocer, ante un “palo de agua” como responderían:

1.-Los barrancos semicirculares de Paterna, La Eliana y Ribarroja, hoy completamente ahogados por docenas de urbanizaciones

2.-Como respondería el nuevo cauce para soportar un “palo de agua” del calibre de los de 1.957.

3.-Como resistirá toda la muralla de tierra y hormigón que en la curva de Quart de Poblet desvía las aguas desde el antiguo cauce al nuevo.

De cómo se comporten éstas tres áreas nos jugamos todo el urbanismo subterráneo que los valencianos hemos construido en los últimos 25 años. Porque si las aguas se escapan en Quart se irán por el Hospital Militar al Metro. Y si lo inundan, no se podría recuperar en muchos meses o años.. Después de todo lo comentado la pregunta que se impone es ¿A que esperamos?